

MEDITACION CCIII.

CONTINUACION DEL RICO MALVADO Y DE LÁZARO.

(Luc. xvi, 23-26).

SUPPLICIOS DEL RICO MALVADO.

Primer suplicio, pensar que hay un paraíso; segundo suplicio, experimentar que hay un infierno; tercer suplicio, comparar los bienes y los males del tiempo con los de la eternidad; cuarto suplicio, estar seguro de una eternidad de penas.

PUNTO I.

Primer suplicio: pensar que hay un paraíso.

1.º *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un paraíso lleno de inmortales delicias...* «Y alzando los ojos estando en «los tormentos, vió desde lejos á Abrahan y á Lázaro en su seno...» Mientras que vivimos aquí en la tierra todas nuestras miras están revueltas hácia la tierra para buscar en ella nuestra felicidad. Los bienes que aquí poseemos se apegan á nuestro corazon y lo ocupan enteramente. Los placeres que en ellos se gustan nos halagan y nos transportan de modo que nos contentaríamos para siempre, y consentiríamos en no tener jamás otros. El encanto ó por mejor decir el furor va tan adelante, que aunque experimentamos cuán vanos son y cuán incapaces de satisfacer y saciar nuestros deseos, cuán viles y vergonzosos, cuán llenos de contrariedades y de agitaciones, y aunque sabemos cuán frágiles son y estamos ciertos de que se nos han de quitar un día, todavía nada de todo esto puede hacernos alzar los ojos hácia el cielo, y pensar en aquella habitacion de reposo, de tranquilidad, de gloria y de delicias inmortales. Las miserias mismas de esta vida, los males, las desgracias, las enfermedades y la caducidad no despegan de ellos nuestro corazon, y no nos llevan á pensar que hay un paraíso donde está en nuestra mano procurarnos un puesto. ¡Oh ceguedad! ¿Son, pues, necesarios los tormentos del infierno para hacernos pensar en él? Sí, entonces pensaremos en él, pero inútilmente; y este mismo pensamiento, que sobre la tierra hubiera sido causa de nuestra salvacion, servirá solamente entonces para aumentar nuestro suplicio y tormento.

2.º *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un paraíso perdido para ellos...* «Vió desde lejos á Abrahan...» Quien

piensa en el cielo sobre la tierra y trabaja para adquirirlo lo ve de cerca: este dulce objeto de su esperanza no está lejos; el intervalo es solamente de algunos días que bien presto se pasarán. La esperanza misma acerca el objeto, de él le da ya pruebas y anticipa su posesion. Pero el réprobo no lo ve sino en una distancia inaccesible; en él piensa, pero como en el sumo Bien perdido eternamente para él... ¡Oh pérdida! ¡oh dolor y amargura indecible! ¡Dios para mí perdido! Dios, Criador mio, la fuente y el centro de todos los bienes, lejos para siempre de mí, y solo me deja para mi porcion tormentos, justo precio del olvido que he hecho de su ley, y del desprecio en que la he tenido!

3.º *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un paraíso ocupado por otros...* «Vió á Abrahan y á Lázaro en su seno...» Los réprobos no ignoran que el paraíso que ellos han perdido está ocupado por otros. ¿Y quién son estos otros? De los Lázaros, de aquellos mismos que ellos han despreciado, burlado, tratado inhumanamente, insultado, calumniado y perseguido. Sí, aquellos están en la gloria, en las delicias, y ellos en los tormentos. ¿De quién mas ven los réprobos ocupado el paraíso? De personas del mismo estado, de la misma profesion, de la misma condicion que ellos; de personas que habian encontrado los mismos obstáculos para su salvacion, que habian tenido las mismas pasiones, que se habian hallado en las mismas ocasiones, pero que en vista del cielo habian sabido resistir á todas las cosas y hacerse violencia; de personas finalmente que habian pecado otro tanto, y acaso mas que ellos, que habian contraido los mismos hábitos que ellos, pero que el pensamiento de la muerte y el deseo de su salud los han movido á un sincero arrepentimiento, los han vuelto otra vez á Dios, los han humillado delante de Dios hasta hacerlos ir á los piés de sus ministros para hacer la confesion sincera de sus desórdenes, y los han finalmente empeñado á hacer una vida penitente y del todo nueva. ¡Ah! exclaman los miserables, y ¿por qué no he hecho yo otro tanto? ¡mi habitacion seria el cielo y estoy en el infierno!

PUNTO II.

Segundo suplicio: experimentar que hay un infierno.

1.º *El segundo suplicio de los condenados es experimentar que hay un infierno, esto es, un lugar de tormentos...* «Exclamando (el rico «malvado) dijo: Padre Abrahan, ten misericordia de mí; y envia á

«Lázaro que bañe la punta de su dedo en el agua para refrescar mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama...» Los tormentos de la tierra, cuanto de mas cruel y de mas bárbaro ha inventado el furor de los tiranos, cuanto de mas doloroso hacen sufrir las mas acerbadas enfermedades, todo esto es nada en comparacion de los tormentos del infierno. Tormentos universales en el espíritu, en el corazon, en los sentidos, en todas las potencias del alma, en todas las partes del cuerpo; tormentos continuos, sin interrupcion, sin disminucion, sin consolacion; finalmente tormentos eternos... La tierra es el lugar donde están mezclados los tormentos y los placeres; pero el cielo es el lugar solo de placeres, y el infierno lugar solo de tormentos.

2.º *El segundo suplicio de los condenados es experimentar que alli hay un infierno, esto es, un lugar de fuego y de llamas...* «Estoy atormentado en esta llama...» El fuego del infierno, aquel instrumento terrible de la cólera de Dios, tiene unas cualidades que nos son del todo desconocidas é incomprensibles: se pega inmediatamente á los espíritus privados de cuerpo, como á los cuerpos mismos; y sin esplendor y sin luz obra con discrecion y atormenta mas ó menos, á proporcion de la multitud y de la enormidad de los pecados: es agudo y penetrante, de modo que el nuestro, en comparacion del fuego del infierno, es un fuego sin fuerza y sin vigor; y finalmente abrasa sin consumir y sin destruir, y por consiguiente sin debilitarse y sin apagarse... Pecador, si por ir al objeto de tu pasion tuvieras que pasar por el fuego, te volverias atrás; y no piensas que siguiendo tu pasion ella te conduce al fuego. ¡Ah! ¿tú temes el fuego y no temes el infierno?

3.º *El segundo suplicio de los condenados es experimentar que alli hay un infierno, esto es, un lugar de gritos y de desesperacion...* «Exclamando dijo... Ten misericordia de mí... La punta del dedo en el agua para refrigerar mi lengua...» En el infierno no hay ya mas piedad, ya no hay mas misericordia, ya no hay consolacion, no hay alivio; la mas mínima disminucion de penas, el mas mínimo alivio pedido por favor y deseado con ansia en tan horribles tormentos les es absolutamente negado. De aquí se excita en el corazon de los réprobos una rabia y un furor que no se pueden concebir. Se la toman con Dios que querrian derribar de su trono, se la toman con los compañeros de su suplicio, con los demonios que los han tentado, con los seductores que los han engañado, con los cómplices de sus desórdenes que los han animado; se la toman consigo

mismos, se maldicen, se despedazan; querrian, en una palabra, aniquilarse, aniquilar al mismo Dios y á todas las criaturas. Todo se les niega á sus deseos. ¡Ah! ¡de qué gritos, de qué alaridos retembarán continuamente los profundos abismos! ¡Qué habitacion es, pues, la del infierno! ¡Ah Señor! es ya muy tarde el implorar vuestra misericordia en el infierno: yo la imploro ahora. Tened piedad de mí, ó Dios mio, ó Padre mio, ó Criador mio y mi Juez; ¡tened piedad de mí! ¡No permitais que yo caiga en aquel horrible golfo, y que me ocupe en blasfemaros eternamente! Reconozco que lo he merecido, y sin vuestra infinita misericordia ya estaria en él, y ya no habria jamás esperanza para mí. Pero ya que me habeis conservado la vida, me habeis tambien conservado la esperanza, y no quereis que yo perezca. Dejais aun á mi disposicion el agua de la penitencia, voy á lavarme en ella, á purificarme en ella, y no viviré ya mas sobre la tierra sino para serviros, para daros pruebas de mi amor, sufriendo con alegría todas las penas que os agrada enviarme; las que siempre me parecerán muchísimo mas ligeras que las del infierno que tantas veces he merecido.

PUNTO III.

Tercer suplicio: comparar los bienes y los males del tiempo con los de la eternidad.

1.º *El tercer suplicio de los condenados es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, compararlos con los bienes y con los males de la eternidad, y ver su infinita desproporcion...* «Y Abrahan le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste los bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males: pues ahora él es aquí consolado y tú atormentado...» Sí; el réprobo se acuerda de eso, y esta memoria es para él un cruel suplicio. ¡Ah! va diciendo entre sí mismo, ¿qué bienes han sido los de la tierra, por los que yo estoy privado de los bienes del cielo y sufro los males del infierno? ¿Qué males han sido los de la tierra, por los cuales aquel otro está libre de los males del infierno y goza los bienes del cielo? ¡Ah! ¿eran grandes aquellos bienes de la tierra que me han cerrado el cielo y abierto el infierno? ¿Podian acaso ellos saciar y satisfacer? ¿Eran bienes tranquilos? ¿Estaban acaso sin mezcla de males? ¿Eran continuos, duraderos y eternos? Pero hé aquí, en materia de bienes, cuál ha sido mi porcion. Los he recibido, y ya no recibiré jamás sino males, y males crueles, continuos é interminables... ¿Y cuáles han sido los ma-

les de la tierra que han cerrado el infierno y abierto el cielo á aquel otro? ¿Eran males devorantes, sin consolacion, sin respiracion, sin esperanza y sin alguna mezcla de bienes? Hé aquí, que por solos los males que aquel ha padecido y no padecerá ya otros jamás; por aquellos pretendidos males que ha sufrido, está ya destinado á llevar corona en la cabeza y á gustar delicias inefabables y eternas.

2.º *El tercer suplicio de los condenados es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, comparándolos con los bienes y los males de la eternidad, y ver la necesidad de su eleccion...* Soy yo, se dirá á sí mismo el réprobo, yo soy el que he hecho una eleccion tan insensata. He tenido delante de mí el pecado con todos sus falsos atractivos, con sus vanos placeres, con sus frívolas dulzuras, con sus bienes quiméricos, y sabia sus consecuencias. He visto la virtud con sus rigores, con su austeridad, con su gravedad, con su silencio, con su paciencia, con su solicitud, con su pureza, con su modestia, con su recogimiento, y conocia sus recompensas. He visto á los que habian escogido el pecado, y, no obstante sus placeres, los he visto atemorizados, inquietos, y jamás satisfechos. He visto tambien los que habian escogido la virtud, y, no obstante sus mortificaciones, los he visto gozar una paz envidiable, consolante y siempre contentos de todo. He experimentado yo mismo la una y la otra situacion. He pasado de un estado al otro, y bien que mi experiencia haya estado toda en favor de la virtud, he escogido con todo eso el pecado, y á él me dediqué. ¿Qué cosa, pues, me ha determinado á una eleccion tan funesta y tan insensata? ¡Ay de mí! por gustar un placer momentáneo, por gozar de una libertad fatal, por no privarme de una vana satisfaccion, por no hacerme un poco de violencia que habria debido tener en la confesion, una palabra de burla ó de desprecio que en el mundo me habria convenido sufrir, un poco de sujecion que me habria sido necesario tomar, un poco de atencion que habria debido tener en mí mismo, he perdido el cielo, y me he precipitado en el infierno. ¡Oh furor, oh necesidad! pero necesidad irreparable y sin remedio.

3.º *El tercer suplicio de los condenados es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, comparándolos con los bienes y con los males de la eternidad, y ver en ellos la equidad de los juicios de Dios...* Á la memoria de los falsos y fugitivos bienes que ha gustado sobre la tierra, y por los que le viene negada la entrada en el cielo, y está agravado de los tormentos del infierno, entrará el réprobo en furia y en una horrible desesperacion, vomitará mil blas-

femias contra el cielo y contra Dios; pero se verá obligado á volver su furor contra sí mismo, y á reconocer la equidad de los juicios de Dios. Los bienes que ha gustado en el pecado eran nada en sí mismos; pero estos bienes estaban prohibidos por el Criador y por el soberano Señor de todas las cosas, el cual pedia esta señal de sumision y de dependencia: estaban prohibidos bajo la pena del infierno para aquellos que los gustasen, y con promesa del cielo para aquellos que se abstuviesen de ellos. Ahora, pues, haber puesto debajo de los piés la ley de Dios, haber igualmente despreciado sus promesas y sus amenazas, y esto por un bien tan vil, tan despreciable y tan pasajero, es un pecado que el infierno jamás podrá borrar... Los males que se hallaban en la virtud eran nada en sí mismos, es verdad; pero abrazados y sufridos por amor de Dios, por obedecer á su ley y por el temor de ofenderlo; abrazados y sufridos, sostenidos y continuados hasta la muerte sobre la fe de su palabra, de sus promesas y de sus amenazas, son un homenaje digno de Dios, y homenaje que la grandeza de Dios requiere que sea recompensado por Dios.

PUNTO IV.

Cuarto suplicio: estar el réprobo seguro de una eternidad de penas.

La eternidad presenta al espíritu de un réprobo tres objetos que sin cesar lo atormentan y lo llevan á la desesperacion:

1.º *El infierno en que está detenido y de que no podrá jamás salir...* Añadió Abraham... «Fuera de que hay un grande abismo entre nosotros y vosotros; de donde los que quieren pasar de aquí á vosotros no pueden ni de ese lugar pasar hasta aquí...» No se puede concebir ni expresar cuán horribles sean los tormentos del infierno; pero con todo serian como nada, si se hubiesen de acabar un dia, aun cuando fuese después de siglos y millones de siglos. La esperanza de este término cambiaria la naturaleza del infierno y mitigaria en él todos los tormentos; pero lo que pone el colmo al rigor de estos atroces suplicios es la certeza de que serán siempre los mismos, y de que jamás se acabarán. Siempre arder, no cesar jamás: siempre, para siempre jamás, hé aquí las terribles palabras de que retumba el infierno. Si pudiese á lo menos un condenado retirar su espíritu de un tan cruel pensamiento; pero no, el rigor de los tormentos continuamente se lo presenta, y este horrible pensamiento pone continuamente el colmo á todos sus tormentos.

2.º *El cielo, donde él no se halla, y de donde no saldrán jamás los que están en él...* La misma eternidad que hace el suplicio y la desesperación de los réprobos pone el colmo á la felicidad y al reposo de los escogidos. Ninguna cosa turbará jamás su felicidad; no se acabará jamás, y están seguros de gozarla eternamente. Un caos inmenso los separa para siempre de la multitud de los réprobos, y la alegría de haber evitado una suerte tan espantosa y no haberla de temer jamás es para ellos un aumento de felicidad, de reconocimiento y de amor. Pero este mismo pensamiento, en un sentido opuesto, ¡oh y cuán insoportable es para el réprobo! ¡Ay de mí! grita entre sí mismo; aquellos están en las delicias, y en ellas estarán eternamente. Yo estoy en los suplicios, y en ellos estaré eternamente. Ó penitencia, ¿dónde estás tú? Ó sangre del Redentor, ¿qué es lo que te has hecho? Pero gritos impotentes y que jamás encontrarán piedad. ¡Un caos, un intervalo inmenso puesto por las manos de Dios y consolidado por su omnipotencia, nos separa para siempre. ¡Oh eternidad, eternidad de delicias para los otros, eternidad de suplicios para mí!

3.º *La tierra donde ha vivido, cuyas extremidades toca únicamente, y sobre la cual no volverá jamás á vivir...* No hay pasaje desde el infierno al cielo, ni del cielo al infierno. Desde el cielo ó desde el infierno tampoco hay pasaje para la tierra para mudar habitación. Desde la tierra solamente está abierto el paso para el cielo ó para el infierno. Nuestra primera demora es sobre la tierra; en esta hemos sido criados, en esta debemos hallarnos por algunos momentos, y desde ella debemos entrar en una eternidad, ó de suplicios si salimos culpados y pecadores, ó de delicias si salimos justos y purificados. Ahora esta tierra donde nuestra demora es tan breve, donde el réprobo ha vivido y ha muerto en el pecado, pero donde habría podido vivir y morir en la justicia, estará siempre presente á su espíritu, maldecirá su necedad, deseará volver sobre la tierra para empezar en ella una nueva vida. Y ¡oh qué vida no emprendería! ¿Qué objetos podrían jamás lisonjearlo ó tentarlo? ¿Qué dolores ni desgracias serían jamás capaces de sacarle una sola queja? ¿Qué rigor de penitencia, qué austeridad de vida podría aterrarlo? Pero ¡deseos quiméricos! Se vive solo una vez sobre la tierra, una sola vez se muere en ella, y de aquí se entra en la eternidad; pero de la eternidad ya no se vuelve á habitar en la tierra. Jamás gustarán ya sus conveniencias, los réprobos y los Santos jamás correrán ya sus peligros. Nosotros solos, nosotros que vivimos podemos aun

abusar ó aprovecharnos de la libertad que Dios nos deja de escoger entre las dos eternidades, debiendo la una ó la otra ser necesariamente y bien presto nuestra porción. No se nos deja la elección entre la tierra y la eternidad, sino entre la eternidad feliz ó infeliz; porque nosotros debemos necesariamente dejar la tierra y entrar necesariamente en una de estas dos eternidades.

Petición y coloquio.

Ó eternidad á que me acerco en cada instante, si yo hubiera pensado en tí hasta ahora, ¡cuántas culpas habría evitado, y qué progreso no habría hecho en la virtud! Estoy resuelto, ó eternidad, no te perderé ya jamás de vista, serás la regla de todas mis acciones. Diré continuamente á mí mismo: yo camino hácia la eternidad, todo lo que hago, lo que pienso, lo que digo, me conduce á la eternidad. Pero ¿á cuál de las dos eternidades van dirigidos mis pasos? ¿Á la feliz ó á la infeliz? ¡Ah! pensemos, ó alma mía, porque separada una vez de este cuerpo vil y despreciable, tu suerte será decidida sin remedio; y de una de las eternidades en que te hallarás no verás otra cosa que un caos inmenso entre tí y la otra eternidad. ¡Oh Dios, quién no temerá al meditar estas verdades! ¡Quién podría aun ofenderos despues de haberse bien internado en ellas! Por mí, ó Señor, ya esto es hecho, detesto mi iniquidad y no quiero ya mas recaer en ella. Ó Jesús, quiero ser vuestro en el tiempo y en la eternidad bienaventurada. Amen.

MEDITACION CCIV.

FIN DEL RICO MALVADO Y DE LÁZARO.

(Luc. xvi. 27-31).

DE LA FE DE LA OTRA VIDA.

1.º De la sabiduría de Dios en la manera con que nos ha hecho conocer esta verdad; 2.º de la necedad de aquellos que querían que un muerto resucitase para asegurarnos de esta verdad; 3.º de la inutilidad de la aparición de un muerto en orden á los que no creen esta verdad.

PUNTO I.

De la sabiduría de Dios en la manera con que nos ha hecho conocer esta verdad.

«Y (el rico) dijo: Pues te suplico, ó padre, que lo envíes á casa «de mi padre, porque tengo cinco hermanos para que les testifique,

«no sea que vengan ellos tambien á este lugar de tormentos. Y «Abrahan le dijo: Ellos tienen á Moisés y á los Profetas, óiganlos...»

1.º *La importante verdad de la otra vida nos es manifesta por la tradicion...* Dios la reveló al primer hombre, y por él á toda su posteridad. Adán, despues de su pecado, asegurado de haber de morir, y advertido de la futura venida de un Redentor en quien debia esperar, no ignoró el motivo por que quedaba aun sobre la tierra, por el que debia salir de ella, y dónde debia ir, dejándola segun la manera con que habria vivido en ella. Esta verdad la fueron heredando de padres á hijos hasta el justo Noé y sus hijos, que no la dejaron ignorar á sus descendientes. En todas las naciones se hallan vestigios de esta tradicion, bien que mas ó menos alterados por las fábulas y por los sistemas que la fuerza de las pasiones y la debilidad del espíritu humano han hecho inventar.

2.º *La importante verdad de una otra vida nos viene manifestada por la conciencia...* Dios la ha estampado en el corazon del hombre y en la constitucion misma de este mundo. Nuestra conciencia, que nos justifica ó nos condena, nuestros deseos insaciables é ilimitados, los desórdenes mismos de este mundo y las injusticias que en él se cometen, todo grita una otra vida, todo la anuncia y la prueba... Por otra parte, ¿cuál seria el fin de la creacion si no hubiese otra vida? ¿Nos habrá criado Dios para un momento sobre la tierra, como á las bestias, sin algun otro fin? El vicio y la virtud, el bien y el mal, el culto y la blasfemia, la crueldad y la paciencia, ¿tendrán, acaso, un mismo mérito á los ojos del Ser supremo y soberano? ¿Tendrá Dios, acaso, menos equidad que nosotros; nosotros que la tenemos solo porque Dios nos ha impreso el sentimiento de ella?

3.º *La importante verdad de la otra vida nos viene manifestada por la Escritura...* Dios la ha descrito en las santas Escrituras que nos ha dejado por testamento. Esta verdad tan importante y tan interesante, tan sensible y tan palpable, si, ha sido puesta en olvido, sofocada y desfigurada por las pasiones de los hombres que debia ella tener en freno. Dios ha querido todavía imprimirla de nuevo en los escritos inspirados, que durarán hasta la consumacion de los siglos, y pondrán continuamente delante de los ojos de los mortales el fin para que han sido criados. La ley de Moisés y los escritos de los Profetas, ó suponen en todo la verdad de una otra vida, ó formalmente la exprimen. Este es el motivo por que Abrahan responde al rico malvado, «tienen á Moisés y á los Profetas, óiganlos...» Pero

en la plenitud de los tiempos, Dios, segun su promesa, nos ha enviado su Hijo, no solo para asegurarnos de nuevo de la verdad de la otra vida, sino para explicarnos tambien de una manera que podamos entenderlo, y en cuanto es necesario para nuestra salvacion, cuanto sucede en esta otra vida. El fuego que quemá, abrasa y atormenta los pecadores muertos en su pecado; fuego que jamás se apagará y siempre atormentará. El cielo que colmará de delicias y de gloria á aquellos que habrán creído en él, y habrán muerto en su gracia. El Hijo de Dios era aquel á quien pertenecia revelarnos tan importantes secretos: este que los habia sacado del seno de su Padre; este que estaba encargado de rescatar los hombres, de instruirlos y de juzgar un dia los vivos y los muertos; este que del cielo ha venido sobre la tierra y ha vuelto á subir al cielo; este que durante su vida, por prueba de su mision, ha interrumpido á su gusto el curso de la naturaleza, y con una sola palabra ha resucitado los muertos. El que no cree esta verdad sobre un tal testimonio es un furioso que por su gusto quiere perderse eternamente á sí mismo. Nosotros en todo caso creámosla, y de una manera tan firme y tan eficaz, que venga á ser nuestra regla, nuestra fuerza y nuestra consolacion.

PUNTO II.

De la necesidad de aquellos que querrian que un muerto resucitase para asegurarlos de esta verdad.

«Pero (el rico) dijo: No, padre Abrahan; mas si alguno de los «muertos fuere á ellos, harán penitencia...» No es cosa rara encontrar personas que para creer ó asegurarse de su fe querrian tener el testimonio de un muerto vuelto del otro mundo; y justamente para curarnos y sanarnos de esta ilusion hace aquí el Salvador hablar en estos términos al rico malvado... Estemos, pues, persuadidos que un deseo semejante es una necesidad, y hagamos las reflexiones siguientes:

1.ª *La resurreccion ó la aparicion de un muerto para instruirnos no conviene á la sabiduria de Dios...* Dios quiere conducirnos por medio de la fe ó de su palabra, y no por medio de visiones particulares... Por la fe se han salvado los que nos han precedido, y por ella debemos tambien salvarnos nosotros: nuestra conducta no debe ser diferente de la suya. Si nosotros queremos el testimonio de un muerto, lo querrán tambien otros. ¿Será, pues, necesario que cada hombre tenga su revelacion y vea delante de sus ojos un muer-

to? Cuando se habrá disminuido la impresion que habrá hecho sobre nosotros aquella vision, y nos sobrevendrá otra duda, desearíamos todavía ver un muerto. ¿Seria, pues, necesario enviárnoslo, como tambien á cada uno de los vivientes segun su fantasia? ¡Qué extravagancia!

2.^a *La resurreccion ó la aparicion de un muerto para instruirnos no conviene al estado de los muertos...* No son los muertos los que están encargados de instruirnos, sino los vivos; nuestros padres, nuestros amos, nuestros pastores, nuestros directores, nuestros predicadores, Moisés, los Profetas, los Apóstoles, la Iglesia, Jesucristo Hijo de Dios que nos ha hablado por sí mismo, que ha inspirado á los Profetas y á los Apóstoles, y ha dejado su espíritu á su Iglesia. Los muertos no están encargados de este ministerio, y seria una necedad el esperarlos de ellos. Han sido resucitados muchos muertos por Jesucristo y por sus siervos en el Antiguo, y muchos mas aun en el Nuevo Testamento; su resurreccion ha probado, es verdad, la divina mision de aquellos que los resucitaban; pero ninguno de ellos ha venido encargado de referirnos cuanto habia visto en el otro mundo. Puede Dios haber permitido que algunos muertos se hayan aparecido, pero jamás ha sido para enseñar los secretos de la otra vida... Jesucristo mismo ha resucitado, segun lo habia prometido, y su resurreccion ha puesto el sello á las verdades que nos ha anunciado; pero nos las ha anunciado en el curso de su vida mortal. Las sabia antes de haber bajado al infierno y antes de bajar sobre la tierra, las habia sacado del seno de Dios mismo, su Padre; ninguna otra cosa mas aprendió con su muerte y con su resurreccion; y si despues de su resurreccion se detuvo con sus discipulos á discurrir del reino de Dios, lo hizo para mostrarles cómo habian de gobernar su Iglesia, y no para enseñarles nuevas verdades en las que lo hubiese amaestrado la muerte y que antes no les hubiese enseñado... Consultemos, pues, sus divinos oráculos, estudiemos la Escritura y escuchemos la Iglesia. Es una insensatez esperar de los muertos luces nuevas ó mas seguras.

3.^a *La resurreccion ó la aparicion de un muerto para instruirnos no conviene á nuestra presente situacion...* ¿Cuál seria nuestra tranquilidad sobre la tierra, si estuviésemos siempre en la expectacion ó en el temor de la aparicion de cualquier muerto? ¿Cuál seria la unanimidad de nuestra fe, si cada uno regulase la suya por lo que habria oido ó creído haber entendido de un muerto, y sobre la interpretacion que daria á sus palabras? ¿Cuál finalmente seria nues-

tra desesperacion ó nuestra presuncion, si supiésemos cuáles de nuestros parientes ó de nuestros amigos están en el infierno, y cuáles en el cielo?... Esta será una ojeada que podremos soportar solamente cuando estaremos enteramente unidos á Dios y transformados en él. Luego el deseo de ver muertos, para entender de ellos lo que sucede en el otro mundo, es una necedad de que debemos guardarnos nosotros, y si es posible curar los otros.

PUNTO III.

De la inutilidad de la aparicion de un muerto en orden á aquellos que no creen esta verdad.

«Y él (Abraham) le dijo: Si no oyen á Moisés y á los Profetas, ni «tampoco creerán aunque resucitase uno de la muerte...» ¿Por qué? Porque la aparicion de un muerto no destruiria los obstáculos que ellos oponen á la fe.

Lo 1.^o *La aparicion de un muerto no calmara las agitaciones voluntarias de su imaginacion...* Lo que hace caer y destruye nuestra fe es que nosotros queremos concebir la naturaleza de los misterios. Por ejemplo, nos dejamos turbar pensando en la eternidad de Dios, en su inmensidad, en la trinidad de las personas, en la encarnacion del Verbo, en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía: queremos formar en nosotros imágenes de estos misterios, y no pudiendo salir bien con ello, caemos en la agitacion, y somos tentados de no creerlos. Nos turba tambien en modo especial la eternidad de las penas de los réprobos; en vano medimos, calculamos, amontonamos siglos sobre siglos; nuestra imaginacion se calienta, caemos debajo del peso de nuestros esfuerzos, y á veces concluimos con desechar esta verdad, ó por lo menos con dudar de ella; y esto porque no podemos imaginarla... El alma fiel, apoyándose únicamente sobre la palabra de Dios, cree los misterios revelados sin hacer algun esfuerzo para formarse imágenes de ellos, se deja penetrar sin turbarse de los sentimientos que estas verdades inspiran, ó sea de respeto, ó sea de amor ó de temor... Pero ¿es posible que la aparicion pasajera de un muerto pueda calmar estas imágenes en aquellos en que no puede calmarlas la palabra de Dios siempre subsistente?

Lo 2.^o *La aparicion de un muerto no podria contener los falsos razonamientos de su espíritu...* Quieren algunos razonar sobre los misterios que son superiores á nuestra razon, se internan demasiado, se alambican los sesos, y no producen otra cosa que quimeras; estable-

cen principios que no tienen certeza alguna, y sacan consecuencias que no tienen conexión con ellos. Hacen á Dios de la misma naturaleza que los hombres: le atribuyen propiedades humanas, y juzgan de él por sí mismos. Quieren que en el otro mundo tenga la misma conducta que tiene en este; y porque en esta vida está lleno de bondad y de misericordia para con los pecadores, quieren que sea lo mismo en la otra; y porque una eternidad de suplicios sobrepasa su inteligencia, y los malvados en las llamas les causan compasión, quieren que lo mismo sea de Dios... El alma fiel cree á la palabra de Dios, y en ella encuentra la tranquilidad del espíritu. Sin querer profundizar el abismo de las riquezas de su sabiduría y de su ciencia, se aprovecha aquí en la tierra de sus misericordias, espera sus recompensas, y teme sus castigos. Pero ¿cómo la aparición de un muerto, sin consecuencia, sin conexión y sin autoridad, podía refrenar en el incrédulo la pasión de razonar, si la palabra de Dios continuada desde Adán, desde Moisés, y desde Jesucristo hasta nosotros, si esta palabra tan instructiva, tan resplandeciente, apoyada sobre tantos prodigios, anunciada con tanto esplendor, no la puede refrenar?

Lo 3.º *La aparición de un muerto no pondría remedio á las pasiones desenfrenadas de su corazón...* Confesémoslo sinceramente; el interés solo es el que nos hace dudar de la otra vida y de una eternidad: esta verdad la procuramos oscurecer solo en favor del pecado y de las pasiones... ¡Ah! en los días felices de nuestra inocencia no teníamos sobre esto duda alguna. Ni aun cuando después de algunas caídas habíamos recurrido á la penitencia, y estábamos aplicados á domar nuestras pasiones, y conseguíamos de ellas gloriosas victorias, dudábamos de ello. Solo después que hemos empezado á ceder á su esfuerzo, á dejarnos arrastrar y llevar de su corriente, entonces nos hemos vanamente persuadido que no hay infierno, que no hay eternidad... ¡Oh pecador! ¡oh necio! tú contradices las luces de la razón, los remordimientos de la conciencia, la voz de la naturaleza, el grito de las naciones, y toda la majestad de la Religión: pides la resurrección de un muerto para creer un infierno; deberías antes pedirla para asegurarte que no lo hay, y entonces poder darte impunemente en presa del pecado. En todo otro cualquier negocio en que te corre mayor riesgo el partido debe ser el mas seguro, y aquí para poner en peligro tu ser y la miseria eterna de tu ser no pides prueba alguna, mientras que de la parte en que no temerías algun riesgo no te falta ninguna prueba, y ninguna te puede satis-

facer. ¡Ah! reconoce una vez que la pasión sola es la que te puede cegar á este término.

Petición y coloquio.

Ó Dios mio, por vuestra gracia especial y no merecida estoy aun en el mundo, como estaban los hermanos del rico malvado, y puedo sacar provecho de su desgracia. ¿Qué otra cosa espero yo para tomar y cumplir buenas resoluciones? ¿Querré acaso ver un muerto resucitado? Pero ¿qué me diría un réprobo que se me apareciese, sino lo que me dice el rico condenado? «Yo estoy atormentado en esta llama...» Una tal visión ¿sería acaso mas cierta para mí que el Evangelio? Yo tengo la Escritura: ¡ah! si no me aprovecho de ella, tampoco daría fe á las palabras de un muerto resucitado. Con que, ó Dios mio, quiero concluir de una vez; depongo todo espíritu de orgullo, léjos de mí toda semilla de endurecimiento, creo que hay otra vida, y quiero merecerla, queriendo solo servirme de la presente para Vos y en una manera digna de Vos. Amen.

MEDITACION CCV.

DE ALGUNAS INSTRUCCIONES QUE EL SALVADOR REPITE Á SUS DISCÍPULOS.

(Luc. xvii, 1-6).

1.º Sobre el escándalo; 2.º sobre el perdón de las ofensas; 3.º sobre la fe.

PUNTO I.

Sobre el escándalo.

Lo 1.º *No os debeis sorprender del escándalo...* «Y dijo (Jesús) á sus discípulos: Es imposible que no vengan escándalos...» Es verosímil que el Salvador se hallase solo con sus discípulos cuando tuvo con ellos este discurso... Esta necesidad del escándalo no viene de otra causa que de la corrupción y de la malicia de los hombres, pues los hombres, siendo tales cuales son, no es posible que no sucedan escándalos en el mundo, en la Iglesia y en los estados aun los mas santos. ¿No acaeció esto por ventura en el colegio mismo de los primeros Apóstoles? Es imposible que esto no suceda, y es mas importante de lo que pensarán algunos el estar bien convencidos de esta verdad para no quedar sorprendidos de los escándalos, para no vacilar en la propia fe, y para que no nos aparten de